

GENERAL MILLÁN ASTRAY

FRANCO EL CAUDILLO



Felicidades 1941
Millán Astray

M. QUERO Y SIMÓN, EDITOR
SALAMANCA

1939

GENERAL MILLÁN ASTRAY

FRANCO
EL CAUDILLO

GENERAL MILLÁN ASTRAY

FRANCO EL CAUDILLO



M. QUERO Y SIMÓN, EDITOR
SALAMANCA

1939

Copyright by General Millán Astray.

Í N D I C E

	Páginas
Saludo (23-2-939).....	7
Franco, el conductor de España (4-10-936).....	39
El pensamiento de S. E. el Jefe del Estado en las horas actuales (22-11-36).....	45
Franco, el Caudillo de España (8-1-37).....	53
Ejercer la justicia es la más augusta misión del Jefe del Estado (Franco, el Justiciero) (2-4-37).....	59
Franco, el Generalísimo trabaja contento y satisfecho (29-5-37)..	63
El Generalísimo y cien Generales, firmes en sus puestos (18-8-37)..	69
Cómo define y cómo va a implantar la Justicia social, nuestro Caudillo Franco (17-9-37).....	75
Franco ganará la guerra y la paz (31-10-37).....	87
La Justicia social y el Nuevo Estado (30-1-38).....	101
Franco, en la batalla (12-2-38).....	111
El Caudillo Franco y nuestro glorioso Estado Mayor (24-10-38).	121
Alocución del General Millán Astray a los azules y a los rojos...	133
A los campesinos rojos y azules.....	141
Balance que presenta la España Nacional ante el Mundo, de lo acaecido durante los cinco primeros meses del año 1936 en la Guerra de la Liberación	151
A los que están en la zona roja, expresándoles el sentir, en estos momentos, del Generalísimo Franco	159
Alocución a las mujeres españolas, azules y rojas, diciéndoles la verdad de lo que está pasando ahora y la verdad de lo que pasará después.....	167
La sangre de las venas de los españoles afluye en el corazón grandioso de Franco.....	175

Páginas

Cómo trabaja el héroe.....	185
Mi incorporación, como militante, a la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. (General Millán Astray). ..	191
En el primer día del Tercer Año Triunfal de la Victoria definitiva.....	203
Alocuciones pronunciadas por el General Millán Astray, por orden de Franco, el Caudillo, en el frente de Madrid.	
Primera alocución (16-5-38).....	221
Segunda alocución (28-1-39).....	229
Saludo a América (12-10-38).....	241
El camino de los Caballeros (13-12-37).....	247
Credo Legionario (Octubre, 1920).....	257

SALUDO

SALUDO

(23-2-939)

SALUDO a cuantos me honren leyendo este libro, modesto por ser mío, pero muy interesante por tratarse de FRANCO, nuestro Caudillo, el liberador de España.

Se publica sin que yo hubiese pensado jamás en ello; sinceramente, creo que cuanto he dicho en mis arengas y discursos, y cuanto he escrito en mis artículos y folletos, lo que emana de mí, tiene el carácter de lugar común, que es decir con más o menos fortuna lo que la mayor parte de la gente conoce y sabe, sin que yo haya descubierto nada nuevo. Lo que sí hago siempre es decir la verdad de lo que sé y de lo que siento. Son mis buenos amigos los que me han inclinado a publicarlo, venciendo mi sincera resistencia con el argumento de: Que lo que aquí se colecciona puede tener un cierto valor histórico para el día de mañana, fundamentado en las circunstancias que me ha deparado la suerte de haber tenido el honor de estar, muchos años, en contacto y sincera intimidad espiritual, con FRANCO.

Al Generalísimo le conocí por vez primera en el año 1919, en el pueblo de Pinto, de la Provincia de Madrid, con motivo

de asistir juntos a un curso de información de la Escuela Central de Tiro de Infantería, para Comandantes del Arma. El curso se componía, de conferencias técnicas, profesionales y de ejercicios de tiro de Infantería en el campo. Para estos ejercicios se nombraba como Interventores a determinados asistentes, que gozaran de buen nombre por su aplicación y sus antecedentes militares. Fuimos elegidos, Franco, otros dos y yo. Con este motivo, trabamos íntimo contacto, y esta mutua simpatía, que nació en el momento mismo de conocernos y estrecharnos la mano, se aumentó rapidísimamente. Entonces Franco tenía 27 años de edad, y yo 40. El era muy moderno en su empleo y yo bastante antiguo.

Era reglamentario en aquellos cursos que los alumnos elevasen sendas memorias en la que dieran cuenta de las enseñanzas que habían adquirido, y de sus observaciones personales. Pero la realidad era que, por motivos fáciles de suponer, en lugar de hacer cada uno su memoria, se elegía a uno o varios, para que ellos se encargaran de recopilarlas en una sola. Fuimos elegidos Franco, yo y otros dos. A mí me correspondió la dirección, por ser el más antiguo. En lugar de una simple memoria como se había hecho hasta entonces, la nuestra se convirtió en un libro que fué editado por la Escuela de Tiro, y en el que, y sin ruín adulación, y sirva ya esta advertencia para siempre, porque, como la esencia de este libro tiende a poner de manifiesto las condiciones geniales de Franco, y sus señaladas virtudes, ya en lo sucesivo hablaré de él sin atenuar ni los hechos ni los conceptos, para de esta manera alcanzar el fin que me propongo, sin poner trabas ni temores de adulación, ni temor de herir su natural modestia, ya que no se trata ni de adularle a él, que ni yo lo haría ni él lo necesita, o de respetar, como en otros casos era debido, su modestia, porque él ya está dentro y para

siempre en la Historia de España y de la Humanidad; y dicho esto, diré: que el libro tuvo un gran éxito, debido principalmente a Franco, manifestándose de una manera clara su inteligencia, su enorme capacidad de trabajo, su gran cultura técnica, a pesar de sus pocos años, y sus variadas aptitudes, entre otras que irán apareciendo, una que hasta ahora me parece que está inédita, y es: Que Franco lleva también dentro de sí un gran ingeniero, proyectista en sus variados aspectos, y dentro de esta facultad se destaca la de ingeniero-arquitecto urbanizador, o sea, constructor de ciudades. Luego y ya pronto en la Legión se comprobó esta facultad suya con la construcción del Acuartelamiento y granja agrícola-pecuaria de Riffien, que tiene hoy un valor de mucho más de un millón de pesetas, con edificios, talleres, servicios de luz, agua y alcantarillado, escuelas, barrios anejos para pequeños comercios y establecimientos de recreo.

La granja agrícola fué un venturoso ensayo de un gran número de productos, o poco explotados o desconocidos en la zona de nuestro Protectorado de Marruecos, tales como el tabaco, el algodón, el ricino y otros similares. Y la pecuaria con el establecimiento a la moderna de grandes criaderos de cerdos, vacas, ovejas, cabras, gallinas, patos y conejos, en su utilidad de producción de carne para abastecimiento económico de los Legionarios y aprovechamiento de productos industriales. Como detalle diré que la explotación de los porcinos produjo el segundo año 60.000 pesetas de beneficio líquido para la Legión, a pesar de ser vendida su carne a ínfimo precio. Franco resolvió en magna forma el abastecimiento de agua al Cuartel y al barrio civil proyectado y construido por él, con un depósito de medio millón de litros de cabida, captándola en la montaña cercana a Riffien, y haciendo también la conducción del agua desde el manantial

al depósito. Casa de máquinas de gas pobre para obtener la energía eléctrica suficiente para dar luz a Riffien y movimiento a los motores de los talleres de construcción de prendas y fornituras militares que se fabricaron por cuenta de la Legión con un gran beneficio económico para los Legionarios.

Aún llegó a más: proyecta y eleva en Ceuta, al lado del Cuartel de la Legión, un soberbio y elegante palacete, Casino de los Oficiales Legionarios, en el que las molduras de sus artesonados, la talla de sus maderas, y, sobre todo, las vidrieras policromadas, ofrecieron un artístico conjunto de color y de elegancia, todo dirigido por Franco y construido y montado por los Legionarios. Las vidrieras en las que campean símbolos de la Legión y del Ejército, son de muy exquisita belleza.

Desde el día que tuve la suerte de conocer a Franco, apercibí, como todos, muy clara y destacadamente, sus extraordinarias condiciones y aptitudes. Al poco tiempo, llegó la hora de crear la Legión, que en mi espíritu germinaba ya hacía algún tiempo. La pensé tal como ha sido, y dándome justa cuenta de la magnitud de mi empresa, juzgué, con acierto que necesitaría ayuda de hombres extraordinarios, y principalmente, uno que fuese mi lugarteniente, complementando lo mucho que a mí me faltaba para el total desarrollo de mi magna empresa. No pensé en ningún otro que en Franco. Le expuse brevísimamente mi pensamiento y mi deseo, y con la misma rapidez me contestó: «Sí, Yo seré el lugarteniente». Y lo fué en los primeros tiempos de la organización, para, rapidísimamente después, —pues yo, por razones que no son del caso, me ví privado del mando de la Legión, en el mes de noviembre de 1922, o sea, a los 25 meses de haberla creado—, y tras el brevísimo mando del heroico Valenzuela, fué Franco ascendido con urgencia

a Teniente Coronel, precisamente para que tomase el mando de la Legión, por la gloriosa muerte de Valenzuela, entrando nuestro Caudillo a mandar la Legión, hasta que por haber ascendido a Coronel y luego a General o sean tres empleos por méritos de guerra en la Legión, me volvió Franco a reintegrar en el mando de ella, cuando yo ya era Coronel. Su ascenso de Comandante a Teniente Coronel fué a mí a quien me cupo el honor de proponerlo. En la propuesta reglamentaria para este ascenso, tuve el, hoy ya comprobado, acierto, de unir a la enumeración de sus méritos de destacada bravura e inteligencia, la exposición de sus extraordinarias aptitudes personales, expresando que por su gran habilidad táctica, singular ojeada militar y virtudes morales, el ascenso lo solicitaba no sólo como premio, sino como beneficio general, porque el Comandante Franco había de llegar a ocupar un primer puesto en el Ejército Español.

Durante el tiempo del mando de la Legión por Franco, continuó ésta su camino ininterrumpido de bravura y de heroísmo, poniéndose rápidamente a la cabeza de todas las tropas de Marruecos, y gozando desde el primer día la plena confianza del Mando, y siendo los elegidos para todas las misiones militares de importancia.

Franco fué el Comandante Fundador y organizador de la Primera Bandera de la Legión, desde el primer momento la primera en todo. En valor, en instrucción, y en disciplina Legionaria, que es la más exacta y rigurosa de las disciplinas militares.

No sólo se destacó en la organización de su Bandera en el aspecto ya dicho, sino que también se singulariza brillantemente y desde el primer momento la personalidad militar y genial de Franco, tanto al mando de su Bandera, como luego en el mando de toda la Legión.

Rapidísimamente adquirió lo que a otros les precisa gran número de años: El Prestigio, la Fama.

Desde entonces el Comandante Franco, a pesar de su juventud y modesto empleo, es el consultor y el consejero de los Generales en Jefe que le utilizan para su intervención personal como Jefe de Unidad combatiente, empleándole en todos los casos difíciles que siempre resolvió con éxito rotundo. Y como antes digo, es llamado a informes y consultas, y en definitiva, es solicitado para escuchar sus proyectos y opinión en cuanto a los planes generales de operaciones y su resolución en el campo de batalla.

Y Franco es el que resuelve los difíciles momentos de la reconquista de Melilla, después del desastre del año 1921, al lado del heroico Sanjurjo, el *Sacrificado por la Patria* y del General Berenguer, fundador y organizador de las tropas Regulares indígenas de Marruecos. Después es el alma, al lado de Castro Girona, y bajo el mando el Ejército del glorioso General Primo de Rivera, en la más difícil de todas las operaciones de Marruecos, cual fué la retirada de Xauen, que, en maniobra genial propuesta por Franco, y aceptada gustosamente por el bravo General Castro Girona, hace los saltos de la retirada de aquel pequeño Ejército, maniobrando por la noche, y esquivando el enorme peligro de retirarse ante los marroquíes en persecución, que son, en este y en otros casos, los guerreros más encarnizados y temibles. La retirada de Xauen, hasta llegar a las líneas inmediatas a Tetuán, se resuelve, bien es cierto, muy sangrientamente pero con éxito definido, que sin temor puede decirse: que a Franco se debe, dándose la singular y triste coincidencia que en uno de los saltos de la retirada; el de Dar-Akoba al zoco del Arbaa, único en el que Franco no interviene, por haberlo llamado el Mando a su lado, se produce ese día un verdadero cataclismo

y nuestras pérdidas alcanzan una cifra muy superior a la de todos los demás de la retirada.

Franco es el consejero de Primo de Rivera y de Sanjurjo, en la trascendental operación de la toma de Alhucemas, que cambió por completo el rumbo de la guerra en favor de España.

El Comandante Franco en la organización y debut de su Bandera en la vida y actuación de ella la caracteriza con los típicos caracteres suyos: Una bravura y acometividad legionaria pura, una capacidad de trabajo ininterrumpido de la mañana a la noche, una energía acerada, persistente, sin fluctuaciones ni decaimiento jamás ni en ningún momento. Una ojeada militar, o el «quid divinum» de los grandes Capitanes, que consiste, en su esencia, en planear exactamente la batalla, darla en el momento oportuno, y vencer. Las reglas de esta ciencia, no están escritas ni pueden escribirse; es a los genios militares como Alejandro, Aníbal, César, Napoleón a quienes corresponde llevarlas a cabo. Franco, con su Bandera, con la Legión después y luego con las columnas a su mando, jamás tuvo el más leve fracaso, y venció siempre.

Durante los largos años que estuvo en Africa, desde primer Teniente a General, así como existe la frase de que en la Legión Romana cuando la batalla peligraba, se decía como último recurso: «El asunto pasa a manos de los triarios». En Marruecos, en esos casos, si no estaba presente, se llamaba a Franco, y entonces se decía: «Ya está en manos de *Franquito*». Su nombre, fué sinónimo de éxito en la dificultad o en el peligro.

La primera vez que su Bandera, que se llamó de «Los Jabalíes de Borgoña», por haber elegido Franco para su Guión estas armas, entró en fuego, fué en Xauen en una misión secundaria de fortificar el extremo del ala derecha del frente de combate. Cuando estaban sus Legionarios haciendo la for-

tificación, el enemigo atacó súbitamente, por sorpresa, con nutrido fuego de fusilería. Los Legionarios, al escuchar por vez primera el fuego enemigo, y sentir el silbido de las balas, fué tal su alegría, que, tirando las palas y los picos y los sacos terreros, se pusieron a bailar, lanzando los gorros por el aire gritando: ¡Viva la Legión! ¡Viva la Legión! Naturalmente, esto nos causó unas cuantas bajas, por las que tuve yo que sufrir la primera y única reprimenda con que Sanjurjo me honró durante el transcurso del largo número de años que tuve el honor de servirle y de estimarme él como uno de sus mejores amigos.

Franco es también esencia de lealtad y de afecto al Jefe y a los compañeros. No me ruborizo al contar que cuando estaba con su Bandera, en fuego, y yo en cumplimiento de mi deber, y también por mi gusto, iba a saludarle; él de manera elegante y discreta, me hacía creer—aunque yo no lo creía—que el mejor itinerario a seguir en mi inspección era el que él me elegía. Y Franco, que siempre se distinguió sobre todo en ofrecer su cuerpo erguido a las balas, sin jamás buscar parapetos ni desenfiladas, conducía a su Jefe por los lugares en donde el terreno lo amparaba, para que no le tocasen las balas.

Franco, que por grande que sea su modestia, habrá sentido en sí, quién es; fué, cuando era Comandante, Lugarteniente y segundo jefe de la Legión, modelo de lealtad, de obediencia y de disciplina. Y él, que en sí contenía las esencias de un Caudillo, de un gran estratega y de un gran táctico, cuando estaba con mando subordinado, pedía respetuosa y sinceramente, instrucciones a su Jefe, para darles el más exacto cumplimiento. Y así, y cuando el que ésto escribe, se preparaba para el asalto a las Lomas de Nador, en Melilla, en el año 1921, cuando Franco pedía instrucciones para el camino a

seguir en el asalto (¡y bien sabe Dios que sabría perfectamente cuál era el mejor!) y cuando su Jefe, le indicaba una casa que habría de servir como referencia para el primer salto en el ataque, tuvo el honor de ser tocado por una bala enemiga, en el pecho y la honra de ser los brazos fuertes y fornidos de Franco quien, junto con el Capitán también llamado Francisco Franco, lo recogiesen con fraternal cariño.

Parece inelegante, y más siendo militar quien relata, hacer mención de las veces que las balas enemigas hicieron blanco en el Caudillo. ¡Muchas, muchas veces! En la Legión en tantos combates en que Franco tomó parte, en los puestos que tuvo con sus tropas, y en el puesto que él elegía para mandarlas, era forzoso irremisiblemente que las balas le tocasen, y así como cuando era Capitán de Regulares, en El Biut, en Ceuta, una le atravesó su cuerpo poniéndole a las puertas de la muerte, en las demás veces las balas de los moros, si nos es permitida esta figura retórica, comprendiendo que había de ser el padre más amante de los musulmanes marroquíes, le rindieron homenaje, limitándose a tocar sus vestiduras, al igual que andando el tiempo habrían de besar en ellas sus hijos predilectos, los musulmanes.

Franco, después de General, tiene mandos activos; en todos se distingue y llega el momento más culminante *por entonces* de su carrera. Es nombrado General Fundador de la Academia General Militar de Zaragoza. Su labor, que es perfecta, no tiene todo el campo de desarrollo de que era capaz, porque a los dos años llega la República y en su lema de «deshacer el viejo Ejército», como aconseja Lenin, uno de los principales ataques a su base es deshacer la Academia General, en golpe certero y eficaz.

Aquí aparece otra de las facetas más luminosas de la persona de Franco, nuestro Caudillo. Y es el trato y la táctica

que con Franco siguen, o pretenden seguir, los republicanos, ¡o lo que fueran!, porque hoy ya después de lo que ha pasado y está pasando en España, —y esto lo estoy escribiendo en el día 23 de febrero de 1939, del III Año Triunfal, en los días en que Cataluña acaba de ser conquistada y Franco está pasando en Barcelona triunfal revista a los Ejércitos victoriosos de Aire, Mar y Tierra, y está enviando tropas por el ferrocarril y las carreteras hacia el centro y sur de España—, en estos días, como digo, ya no se puede decir «republicanos», porque entonces no pensábamos que bajo aquella calificación política hubiese tanto traidor y tanto asesino: más, en fin, llámense como se llamen, aquellos hombres que ejercían, detentándolo, el Poder, reconociendo el inmenso valor de Franco, su inmensa utilidad como amigo y lo temible de su acción como enemigo, le adularon y le quisieron atraer por los medios posibles, tratándose de Franco, y naturalmente, los medios posibles tenían que ser honestos, y dentro de esa honestidad era difícil encontrarlos. Y aquí aparece otro destello fulgurante de Franco: La lealtad, la honradez en la acción y en la palabra: La Verdad. Y Franco dice toda la verdad, y cuando le arrebatan el mando de la Academia General lanza su célebre alocución de despedida a los Cadetes, modelo de energía, de claridad y de verdad. Y en sus conversaciones y entrevistas con todos aquellos gobernantes, incluyendo al tristemente célebre Niceto Alcalá-Zamora, siempre les dice la verdad, y en ella les expone paladinamente que la conducta de la República para con el Ejército es fatalmente destructora y perniciosa; todos le escuchan, atentos y sonrientes, mas él, cuando sale de hablar con ellos, le dice a su íntimo amigo: *No me fío de estos hombres. No son «leales conmigo: me parece y me temo que algunos van al comunismo.»* «Pero yo —dice Franco— que no he querido intervenir en la política

nacional, ni he querido sublevarme, lo haré seguramente el día que vea o que disuelven la Guardia civil, o que llega la hora del comunismo, y en ese día, sólo, con todos o con los que me sigan, me echaré al campo.

La visión era exacta y su decisión la ha cumplido. Aquí está España, su Ejército y él, en el día de hoy.

El Movimiento Liberador de la Patria, tuvo dos etapas. Fué la primera, el Alzamiento glorioso de Sanjurjo «El Sacrificado». Después vino el momento de la entrada en el Gobierno del Frente Popular y también entonces, Franco con nuestro Mártir Goded y con el que esto escribe, procuró oponerse al nuevo rumbo temible que España emprendía, pronunciando Franco en aquellos momentos estas históricas palabras: *España va a su perdición.* Franco entonces ya sabía, por estar perfecta y ampliamente documentado desde su puesto de Mando del Estado Mayor Central, de la situación internacional e interior nacional de España. *Desde aquel momento decide ponerse al frente.* Naturalmente, Goded y todos los demás que le rodeábamos, lo teníamos implícita y explícitamente como Jefe.

Y fué el Jefe que actuó con los siguientes elementos: Primero y principalmente con el elemento joven, el más sano y más fuerte de los Ejércitos: Los Tenientes y Capitanes, que éstos con inspiración divina, estaban ya y rapidísimamente se propagó entre todos ellos, en una fervorosa exaltación de protesta y sacrificio. Luego todos los Generales, Jefes y Oficiales que habíamos sido compañeros inmediatos de Franco, subordinados o superiores, o sea, los que le conocíamos a fondo y sabíamos quién era. Después y éstos eran quizás los más trascendentales en cuanto a su importancia. Aquellos que, siempre guardando inextinguible culto al Honor y a la Patria, sus muchos años y con ellos las decepciones de

la vida, mengua de fortaleza física, desilusionados, tal vez decaídos, sólo al conjuro del nombre de Franco y ante el saber que Franco se ponía a la cabeza del Movimiento, arrojaron con energía los lastres de la desilusión y del desánimo, y ante el nombre de Franco, plenos de entusiasmo, se le unieron. Y estalló el Glorioso Movimiento que lleva fecha 18 de julio de 1936, y se llama Primer Año Triunfal, en el que el primer grito para gloria y honor, lo dió la Legión, en Melilla, al que respondieron con ardiente clamor, viril y heroico, todas las tropas, las Milicias, el pueblo español y cuantos pudieron y no llevaban en sí la ponzoña infame del engaño comunista o la vesania criminal de creer o pretender creer en sus falaces teorías, que no son más que el supremo engaño de los que pretenden ser los supremos engañadores de la Humanidad. El comunismo es una mentira y esto los que mejor lo saben son: los comunistas.

Franco estaba en Canarias; era el Jefe de hecho del Movimiento, pues de derecho Franco y los suyos habían decidido nombrar a Sanjurjo, en justicia y en reconocimiento a sus altas y preclaras virtudes de español y soldado, así como también Franco delegó la parte que pudiera llamarse de organización en la Península, en Mola, por sus capacidades, prestigios, y por la extremada dificultad de ejercerla, desde Canarias, con los peligros que emparejaba la distancia y lo precario, por todos conceptos, de las comunicaciones, precisas para la organización del detalle.

Llegado el día, Franco se alzó en Canarias, archipiélago que estaba bajo su mando como Comandante General.

El vil asesinato de nuestro Mártir Nacional, Calvo Sotelo, había sido la chispa en el barril de pólvora de la indignación y del horror que sentían todos los buenos españoles.

Esta situación agitadaísima de los espíritus, le llegó a Franco por conducto de sus agentes de enlace, y entonces envió al General Balmes, Gobernador Militar de Las Palmas, un agente para ponerle en conocimiento de la situación y pedirle informes de la situación local de Las Palmas.

Balmes contestó que los elementos estaban divididos y que si bien había leales de positiva fuerza, había otros elementos, también con fuerza, contrarios, o por lo menos indiferentes.

Y es en aquellos días cuando, por un desgraciado y fatal accidente en el manejo de una pistola automática, muere Balmes.

Esta muerte tan triste del querido compañero, proporciona, como si fuese por designio Divino, el facilitar que Franco pueda embarcar de Tenerife a Las Palmas con motivo de asistir al entierro de Balmes, sin despertar sospechas del Gobierno de la República, y entonces y como coincide con el día en que se dá el grito en Melilla y se propaga en toda España, Franco pudo fácilmente dejar la Isla de Tenerife que era fiel y queda en manos de hombres valerosos y decididos, e ir a Las Palmas en donde además estaba en el aeródromo, el avión inglés que había de trasladarle a Africa.

Es curiosa la historia del avión inglés que había llegado a Las Palmas en viaje, de pasajeros, normal; pero que ya sus pilotos estaban de acuerdo con el Movimiento Nacional y habían de buscar pretexto para detenerse en Las Palmas con su avión y esperar la hora en que lo utilizase Franco.

El Gobierno de la República debía tener alguna sospecha y bajo el pretexto de que el avión había volado por encima de Cabo Jubi, sin permiso, ordenó que le retengan el libro de rutas, y dan la orden de que no continúe su vuelo.

El Cónsul de Inglaterra en Las Palmas, también sirve propiciamente a Franco, sin darse cuenta, y es: que en defensa de los derechos de su Nación, interviene cerca del Gobierno para que el avión pueda continuar su viaje, que, naturalmente, el Cónsul creía que era el de su itinerario normal, y no para llevar a Franco.

Y se dá el peregrino caso, de que, creyendo el Cónsul que por ser Franco el Comandante General de Canarias, era la Autoridad de quien dependía el permiso para continuar el vuelo, se dirige oficialmente a Franco en súplica de que no se interrumpa el viaje.

Franco le contesta la verdad, diciéndole que no era su autoridad la competente para ello, que correspondía al Gobierno. Y los sucesos se desarrollan de tal manera, como luego veremos, que cuando llegó el permiso del Gobierno para que continuase el vuelo del hoy histórico avión ¡ya no hacía falta!

Franco, como antes hemos dicho, para asistir al entierro de Balmes, había pedido y obtenido permiso del Gobierno de la República para trasladarse a Las Palmas, a donde llegó el día 17 y en este mismo día 17, a las seis de aquella tarde, da el grito la Legión en Melilla.

Franco recibe la noticia a las tres de la madrugada de la noche del día 17 al 18, día glorioso que había de llamarse: *Primero del primer Año Triunfal*. Fué el Jefe de Teléfonos de Tenerife, don Demetrio Mestres, lealísimo cooperador de Franco, quien avisó al Jefe de Estado Mayor de Tenerife y éste transmite la noticia a Franco.

Franco desde este momento, marcha al Gobierno Militar de Las Palmas, y a las cinco de aquella madrugada, ordena que una Compañía de Infantería de la guarnición, proclame el Estado de Guerra.

La Guardia civil y fuerzas de Asalto del Cuerpo de Seguridad, no se unen al Movimiento, y se concentran en el Gobierno civil. La guarnición del Ejército está dudosa, y a pesar de esto, Franco ordena enérgico y decidido que salgan todas las tropas a la calle; da la orden de movilización inmediata de todos los hombres movilizables de las Islas, o sean los que estaban en sus casas con edad de soldado, de los 21 a los 40 años, y a las dos horas de su orden, ha triplicado las fuerzas de la guarnición a las que se le unen valientemente los elementos de la Falange. En las calles se hace fuego contra los rojos que se oponen al Movimiento; se rodea el Gobierno civil en donde estaba el Gobernador con la Guardia civil y guardias de Asalto que quedan inutilizadas. Se cortan las carreteras. Se toma posesión del aeródromo en donde estaba el avión que había de ser quizás, el único medio posible, en aquellos días para que Franco pudiera atravesar el Atlántico, y llegar a Tetuán.

Una vez estallado el Movimiento, como antes decimos, Madrid quiere hablar con Franco por teléfono. Franco no contesta, y entonces dan la orden del relevo de Franco. Cuando ya Tenerife con todo entusiasmo y facilidad y Las Palmas, gracias a la voluntad indomable de Franco, estaban dentro del glorioso Movimiento.

El día 18, por la mañana, el Gobernador civil y sus tropas se rinden, y al medio día, Franco entrega el mando de Las Palmas al General Orgaz y sale en busca del avión; pero para no distraer tropas que le sirvan de escolta en el camino de la ciudad al aeródromo, y evitar contingencias, embarca en un pequeño remolcador, en medio de fuerte y agitado temporal, y marcha acompañado de su fiel Ayudante, su primo hermano el Teniente Coronel Francisco Franco Salgado, Capitán fundador de la Legión.

La despedida que Las Palmas y su guarnición, que queda al mando del General Orgaz, que luego rápidamente había de incorporarse en la Península al glorioso Movimiento, es de delirio inenarrable. Los militares, lo mismo los viejos retirados que los jóvenes, los hombres y las mujeres, se acercan plenos de emoción a pedirle un puesto, y quieren todos marchar con él, y en medio de aquel clamor, en aquel momento que tanta importancia y trascendencia tenía para la vida futura de España, Franco se yergue en el automóvil que le lleva al muelle, hace silencio con su ademán y dice éstas únicas palabras: «A todos vosotros sólo os pido que sigáis este consejo durante todo el Movimiento que España emprende: tened Fe y Fe, Disciplina y Disciplina».

Embarca en el remolcador, da su Comandante el «todo adelante» y en medio de muy fuerte oleaje, zarpa del puerto de Las Palmas al aeródromo de Gando, y tarda en la travesía dos horas y tres cuartos, cuando en otro barco ligero y en buen tiempo, hubiera empleado escasamente una hora.

A las tres de la tarde, desembarca, sube al avión, siempre acompañado de su Ayudante, y emprende fácil y raudo vuelo que le había de llevar a ocupar el puesto para el que Dios le había designado.

A las seis de la tarde, después de atravesar el Atlántico, llega a Agadir; va vestido de paisano y lleva un pasaporte a nombre de otra persona.

Al tomar tierra en el aeródromo, da la coincidencia de que se encuentra al lado de tres aviones españoles de los rojos, que habían salido de Cabo Jubi, con la misión de bombardear Sevilla. Franco los reconoce; ordena meter motor al piloto y rodando se van al surtidor de gasolina, sin que los rojos se den cuenta de quién iba dentro del avión inglés que acababa de aterrizar a su lado.

Ante el temor de que en el aeródromo de Agadir, el Gobierno de la República Española, hubiese hecho alguna indicación de detener el avión de Franco, se empezó, al pedir la gasolina, por dar espléndida propina al encargado del surtidor, pretextando urgencia familiar de aquel viaje; la propina surte su efecto y el avión de Franco que deja Agadir a las siete de aquella tarde, vuela rumbo a Casablanca.

Aún había de haber otro entorpecimiento, y otra vez la mano de la Providencia había de salvar el inconveniente, y ahora fué: que dos horas antes, o sea a las nueve de la noche, por una avería en la iluminación del aeródromo de Casablanca, éste se había quedado a oscuras, y por lo tanto, con gran dificultad o tal vez con imposibilidad de tomar tierra; pero momentos antes y los suficientes y precisos, la avería se arregla, y al dar las once, el campo está iluminado y Franco puede aterrizar.

Salta rápido, y sin hablar con nadie, como es natural, busca alojamiento en un modesto balneario cercano para salir al alborar. A las cinco de la madrugada así lo hace; en el recorrido de su alojamiento al aeródromo oye a los vendedores de periódicos franceses que vocean la noticia de que el General español Franco, se ha sublevado. Y Franco tiene la grata curiosidad de comprar el periódico y leer en «La Dèpeche Marocaine» la noticia de que él se ha puesto al frente del Movimiento.

A las cinco y media, sin que nadie haya sospechado nada, se eleva en su última etapa para llegar a las siete de aquella mañana a Tetuán, no sin antes haber tenido que hacer desde el aire un reconocimiento por el propio Franco, para averiguar si el aeródromo militar de Tetuán estaba en nuestro poder o en el del enemigo.

En nuestro poder estaba, no sin haber tenido para ello que entablar cruento combate; pero como era preciso para que se cumpliese el designio, el Coronel Eduardo Sáez de Buruaga, Jefe del Grupo de Regulares de Tetuán y Jefe del Movimiento en Tetuán había vencido a los rojos y pudo estrechar emocionado entre sus brazos al Caudillo que venía a salvar a España.

Todos los presentes, en medio de la más alegre emoción, plenos de amor, de fe y de entusiasmo, dicen la célebre frase en Marruecos: «Ya está aquí Franco, La victoria es nuestra».

Marcha rápido a la Alta Comisaría de Tetuán. Oye misa, visita los cuarteles y empieza a dar las órdenes precisas para el Movimiento que le tiene como Jefe Supremo.

Llega la noticia de la defección de la casi absoluta totalidad de nuestra Marina de Guerra, con el asesinato en masa, por orden del Gobierno de la República de nuestros gloriosos Jefes y Oficialidad de la Marina de Guerra, y toma las urgentes medidas para conservar en nuestro poder los escasísimos barcos en que se habían podido mantener fieles.

Concede la Cruz Laureada de San Fernando al Gran Visir del Gobierno Musulmán de nuestro Protectorado Si Hamed Gam-mia, que, junto con Su Alteza el Jalifa Muley Hassan Ben Mohamed, se había puesto, como todos nuestros hermanos los musulmanes del Protectorado, llenos de ardor y de fe, a nuestro lado.

La Laureada la recibe el Gran Visir, por su alto espíritu y bravura, al pasear por las calles de Tetuán, arengando y tranquilizando a toda la ciudad durante el bombardeo que había sufrido de la aviación roja.

La situación en España era bastante precaria.

El heroico Mola con Pamplona y parte del Norte de España, toda Galicia y Castilla, excepto algunas ciudades, esta-

ban con nosotros. En Andalucía, gracias al acierto, a la decisión y al juvenil espíritu del glorioso Queipo de Llano, Sevilla era nuestra y Cádiz; pero en las grandes regiones militares: Cataluña, todo Levante, Extremadura, Madrid, Toledo, habían dominado los rojos y estaban en pleno asesinato y saqueo de los nuestros.

Los telegramas dando cuenta exacta de la situación, llegaban a Franco que los leía sonriente y los guardaba sin dar a conocer a nadie su emoción ni la gravedad de aquellas noticias, no porque no sintiese la emoción, sino porque la reprimía.

Y si alguno sospechaba o tenía noticia particular de «radios» españolas o extranjeras, Franco ante todas las hipótesis posibles decía siempre: «Yo venzo o muero».

A propósito de estas palabras naturales en nuestro glorioso Caudillo, he de referir esta anécdota íntima:

Días antes de marchar el que esto escribe a América, que lo hizo el día 19 de marzo de 1936, hablaba con el Caudillo, comentando el tema principal e invariable de nuestras conversaciones. Siempre el mismo tema: La Patria, España, la situación de España... Y en aquella conversación, apareció, como anuncio, como revelación de lo que más adelante ocurriría, la posibilidad de que algún día, inopinadamente, y dado el rumbo que llevaban las cosas, nos encontrásemos que venían a secuestrarnos en nuestros propios domicilios cuando durmiéramos tranquilamente. Parecía que preveíamos a nuestro nunca bastante llorado, Calvo Sotelo. Y ante aquella hipótesis, Franco me dijo: «Si algún día vienen a por mí en mi casa, los recibiré manejando —y soy un gran tirador— dos carabinas de precisión y dos pistolas automáticas que tengo, y con bastantes municiones, y te aseguro,

que antes de que me maten a mí, habré matado yo a unos cuantos».

La serenidad de Franco en aquellos azarosos días primeros en Tetuán, inculcan ánimo y tranquilidad en los que le rodeaban, es tal que sin recibir ni dar pábulo a más noticias que las que les comunica Franco, reina entre ellos la más jocosa alegría y el más puro y exaltado optimismo.

Como he dicho, los telegramas desafortunados, Franco los guardaba arrugados en el bolsillo del pantalón.

Organiza con mano maestra el transporte de las tropas marroquíes por aire y por mar.

Esta maniobra de enviar un pequeño Ejército por el aire, tiene la característica propia del genio y la decisión de Franco; porque en aquellos momentos ante la situación de España con tan escasos elementos y toda la aviación española en poder de los rojos, la idea de pretender transportar un Ejército por el aire es en sí sola, atrevidísima, y se arriesga y la hace y hace igualmente el transporte por el mar. Para escolta del convoy de los navíos del transporte de tropas, sólo contaba con dos pequeños barcos leales y en cambio, los rojos tenían toda la escuadra que cruzaba afanosa el Estrecho con sus veloces destroyers. A pesar de todo, Franco, el día cinco de agosto, decidió pasar el mar, en contra de todo sentido de elemental prudencia. Para ello Franco argüía: *Yo tengo sólo dos barcos y un puñado pequeño de aviones; pero van tripulados por hombres de honor con ideales, y los barcos y los aviones de los rojos, van tripulados por asesinos y los asesinos son cobardes.*

Aquel día salió el convoy de Ceuta para Algeciras, transportando unos tres mil hombres. Los destroyers rojos estaban en vigilancia. Y es aún más la arrogancia de Franco, a pesar de contar él tan sólo con dos débiles barcos y tener todos los rojos enfrente. Recibe la noticia de que un destroyer de los

rojos con averías, o con el pretexto de ellas, ha anclado en el puerto inglés de Gibraltar, y a pesar de haber decidido enviar el convoy, pide al Gobernador Militar inglés de Gibraltar, y lo consigue, que el destroyer rojo se haga al mar. Invocando para ello que aquel barco era un barco pirata con dotación de marinería asesina que había inmolado a sus Jefes y Oficiales, y el Gobernador inglés, caballerosamente, ordena la salida del destroyer, y así con un destroyer más enfrente: seis barcos de transporte con tres mil soldados españoles, cruzan el Estrecho bajo el amparo del cañonero «Dato» y un torpedero que nos quedó fiel. Y hubo combate naval, y como Franco había anunciado, ante los disparos valientes, aunque no muy potentes, por el escaso calibre de los cañones, del «Dato» y del torpedero tripulados por hombres de honor, ponen en vergonzosa fuga a la escuadra de los rojos asesinos y se desembarca en Algeciras.

La niebla, había retrasado la salida del convoy desde la madrugada en que estaba fijada hasta las cinco de aquella tarde. Al levantarse la niebla, el heroico convoy zarpó entonando las bandas de la Legión y las bandas de chirimías de los Regulares, sus gloriosos himnos de guerra, que fueron cantados virilmente por Legionarios y Regulares, y por la multitud enardecida que desde el muelle les ofrecía la más cálida y entusiasta despedida.

En un avión, pudo llegar también a Sevilla, el primer escalón de refuerzo del valeroso Queipo; eran 12 Caballeros legionarios de la Legión, que desde el aeródromo se fueron a tomar, y tomaron, el populoso y tan popular barrio de Triana de Sevilla.

En aquellos primeros días de Tetuán, Franco da rotunda prueba de quién es, y empieza desde aquel momento la guerra diplomática, y ante su nombre las más espléndidas y valientes

naciones se le unen y le ofrecen sus apoyos, y con otras, mantiene incólume y enérgicamente la dignidad de España, sin menoscabo para ellas ni para sí mismo. Y llega a Sevilla y emprende rauda su marcha victoriosa, con las tropas llamadas marroquíes, de Sevilla a Madrid, mientras Mola con los suyos, en el Norte, ha llegado a Somosierra, y ha parado con estoicismo sublime en espera de que Franco y sus tropas se le unan.

La marcha sobre Madrid, que es modelo de operación militar, la planea y la decide. Y el día que la decide, tengo el alto honor de que delante de un mapa de España y guiándome con su índice, me diga así: «Tomaré Mérida, Badajoz, Talavera y llegaré al aeródromo de Cuatro Vientos, en Carabanchel, de Madrid». Aquel día, Franco no me dijo nada más que lo que acabo de escribir.

Y surgen en medio de su marcha arrolladora y triunfal, los héroes del Alcázar de Toledo, y al frente de ellos, Moscardó. Y Franco, dándose cuenta de la interrupción que en su plan y en su marcha significaba el socorro y salvación de los héroes del Alcázar, decide, en servicio y en sacrificio, ir antes a Toledo, y desvía su marcha con tan exquisita sensibilidad de apreciación, que hubo un momento en que tuve el alto honor que Franco me dijera: *Ya no les quedan más que tres días de posible resistencia a los del Alcázar, y tengo que llegar antes de que transcurran estos tres días.* Y cuando después de la gloriosa entrada en el Alcázar, Franco va a Toledo a saludarles y en nombre de la Patria y en el suyo propio, ungirlos Héroes nacionales, en reconocimiento de su heroísmo tan trascendental para el buen nombre de la Patria, al terminar el emocionante acto del saludo de Franco al glorioso Moscardó, se me presenta propicia ocasión y le pregunto a Moscardó: «Dime, en tal momento, ¿cuántos días os quedaban de posible

resistencia, pues ya la vuestra había pasado a ser sobrehumana?». Reflexionó brevemente y me contestó: *Tres días de vida.*

Y cuando marchaba sobre Asturias, el enemigo rojo da un tirón positivo y técnico en el frente de Aragón, y Franco decide: «En Aragón que resistan, pero yo no detengo ni amenago las operaciones del Norte, porque en el Norte está la victoria de la guerra». Y así lo hace.

Y en Teruel, cuando el enemigo pone pie en tan noble ciudad mártir, cambia el rumbo de sus operaciones y decide: «Lo primero, Teruel, y luego llego al mar, al Mediterráneo». Y llega.

De nuevo el enemigo da un golpe positivo y vuelve a pasar el Ebro. Y aquí se presentó de nuevo un difícil y grave peligro. El enemigo ha puesto en el Ebro sus mejores y más nutridas tropas, y está resuelto a resistir; y Franco decide: «Echarlos y hacerles repasar de nuevo el Ebro». Y comienza el duelo más sangriento y más costoso para nosotros, y naturalmente para ellos, de toda la guerra.

Franco, tenaz, duro como el diamante no cede. Mantiene su decisión rotunda de echarlos del Ebro, se entabla lucha encarnizada, luego los destroza, los vence. Y desde ese momento empieza la retirada general del Ejército rojo del Norte, que termina pasando en vergonzosa huida la frontera de Francia, dejándose como prenda de su cobardía, de su ineptitud y de su falta de ideales, primero Teruel, después el Ebro, que fué la *línea de resistencia* cuya *avanzada* era Teruel, para después entrar en franca retirada de derrota. Esta es en conjunto la gran batalla del Nordeste de España, que comprende: Rescate de Teruel, toma de la posición de resistencia del Ebro, y *persecución sin respiro* que es el fruto y botín de la victoria con: Tarragona, Barcelona, Gerona y la frontera, la desapari-

ción del Ejército rojo del Norte, inmenso botín de prisioneros y material bélico y el comienzo decisivo del fin de la guerra de liberación de España por Franco y por sus tropas.

Esta gran batalla del Nordeste de España, que trae como fruto de la victoria final la caída de la Cataluña roja y la posesión por Franco de toda la frontera francesa, responde exactamente al pensamiento primordial con que Franco ha planeado sus grandes operaciones y sus batallas. Para Franco, el objetivo principal siempre fué el enemigo, buscando el batirlo, destruirlo o rendirlo. Y si otras operaciones las planeó tomando como objetivo principal el terreno, lo fué porque en él se asentaban los grandes centros de producción de elementos de vida y de producción industrial, fundamentalmente, los elementos de guerra. Siempre movió sus tropas persiguiendo el dejar a los rojos dentro de una bolsa. Y esas son las ya célebres, y luego serán clásicas, *bolsas de Franco*. Para Franco, la victoria que se obtiene con la ocupación de las posiciones fortificadas y del terreno del enemigo, nunca le ha satisfecho. Para Franco, no ha sido victoria satisfactoria la que no ha sido seguida de una persecución sin respiro del enemigo, llegando en esto hasta utilizar el máximo de la capacidad de resistencia de marcha y de combate de sus tropas. La gran batalla ganada por Franco, del Nordeste de España ha reunido en sí todas las esencias militares fundamentales que caracterizan a un gran Capitán.

Para terminar mi saludo o prefacio de este libro, os hablaré de Franco, en la batalla y de Franco en su despacho de Jefe del Estado y Jefe del Gobierno.

En la batalla, las características de Franco son, las clásicas de los grandes Capitanes, y las peculiares suyas. En cuanto a las primeras: Estudio profundo, hasta el último detalle de la situación del enemigo y de las tropas propias, con-

diciones del terreno, líneas de agua y de montaña, vías de comunicación, y predicción técnica de la probable acción de los agentes atmosféricos, habida cuenta de la época del año en que las operaciones han de desarrollarse, estudio de la batalla, o sea, empleo de los Ejércitos sobre el propio campo, decisión de la maniobra, redacción de la Orden General, señalamiento del día y llegado éste: orden de avanzar.

Al llegar este día, en los de las grandes batallas, Franco, que ya de antemano ha avanzado su Cuartel General o Puesto de Mando, lo avanza aún más, y se acerca, muchas veces demasiado, a la zona de acción de los Ejércitos. Ya dada la orden de avance, a esperar con admirable tranquilidad y fe absoluta, el desarrollo de la batalla. Los partes van llegando, el primero, naturalmente, es el de «Las tropas comienzan el avance». Por lo general hasta las dos o tres horas no suelen llegar nuevas noticias. Pasadas estas primeras horas, van llegando las que envía el General Jefe de las fuerzas que actúan. El Jefe de Estado Mayor de su Gabinete de Campaña, el Teniente Coronel de Estado Mayor, Antonio Barroso, lee ante el plano de Franco, el parte recién venido, y éste, con sencilla naturalidad, señala con un aspa o una raya de lápiz, los lugares adonde han llegado las tropas. No suele hacer comentarios. Los partes van llegando escalonadamente cada dos o tres horas. Franco y el Jefe de Estado Mayor repiten la lectura y la anotación, y ya al comienzo de la tarde, suele Franco, predecir el resultado de la batalla de aquel día, no sólo de su conjunto, sino en el detalle de cada División, diciendo: «Esta División a última hora de la tarde habrá llegado a tal sitio. Esta otra, a tal otro. Y estas Divisiones hoy ya no podrán avanzar más». Y siempre acierta. En el transcurso del día no se apercibe en Franco no ya un asomo de intranquilidad, sino ni la más mínima impaciencia y lo demuestra no pregun-

tando por teléfono, ni agradándole que los demás pregunten, diciendo cuando alguno lo hace, — naturalmente desde otro teléfono que el de su gabinete—: «No pregunten, que van a creer que estamos nerviosos».

Llega el parte oficial del día; sea la victoria rotunda o atenuada, y más aún cuando es rotunda, no muestra ningún síntoma externo de intensa alegría, sonríe, y se apercibe claramente que lo que por su espíritu pasa en aquellos momentos es sencillamente que comprueba que ha ocurrido lo que él esperaba con seguridad absoluta: La victoria.

Si en los azares naturales de la guerra, inevitables tropiezos o dificultades se presentan, su reacción es distinta, según de donde provengan: Si la contrariedad es de carácter internacional, reacciona violenta y enérgicamente, entonces habla en alto, en nombre de España, con una arrogancia que causa admiración y temor, sea quien sea o quienes sean los que la producen. Si el tropiezo que nos es contrario es producido por el enemigo, razona calmadamente, decide y no suele hacer ningún comentario. Si acaso le quita importancia a la contrariedad con algún gesto de desdén.

El día de la batalla, como en algún capítulo de este libro se hablará, lo pasa, cuando no va en persona a los puestos avanzados de Mando del Ejército, de los Cuerpos de Ejército, y hasta de las Divisiones, y esto los profesionales y muchos saben que el puesto de mando de las Divisiones en la batalla está siempre bajo la acción del fuego eficaz del cañón enemigo, y algunas veces está bajo la acción de la fusilería, y naturalmente siempre bajo la de la aviación contraria. Cuando permanece en su avanzado Cuartel General, muchos de los días suele estar solo, o casi solo, si bien en otros recibe visitas y despacha con los Generales y los Ministros, como en los días corrientes. Si está solo o acompañado de alguna persona

que merece su confianza, es en los días de batalla cuando más propicio está a exponer sus planes nacionales, en cuanto a los grandes rumbos de la Patria y del Gobierno, al planteamiento y solución de los importantes problemas que al Gobierno de un Estado y más en período de noble revolución se le presentan. Para todos esos problemas tiene criterio propio y decidido que emana de su gran cultura y cabal conocimiento de cada uno de ellos, y enuncia, cuando así naturalmente lo estima oportuno lo que ha decidido en cada caso, sea de asuntos de cualquier orden que sean: Agricultura, Industria, Comercio, Hacienda, Enseñanza, en resumen de todos los problemas de la vida y del gobierno de una Nación. El que esto escribe, que ha tenido la satisfacción y el honor de escucharle en alguno de estos días, y asimismo en otros, ha de hacer notar, que de política internacional y de política nacional, apenas suele hablar, y cuando habla, lo hace siempre con comedimiento, prefiriendo más exponer su opinión y su criterio de hechos aislados y de personas, sus conductas y merecimientos que abarcar en conjunto problemas políticos, internacionales ni nacionales. De lo que habla con más entusiasmo y más fe es en el porvenir, seguro e inmediato, de la grandeza de España, de su feroz independencia y de la *Justicia social*, en defensa muy decidida de las clases humildes y de las clases medias, modestas y trabajadoras, no sin dejar que alguna vez asome con vivos destellos su firme resolución de terminar con la acción perjudicial de aquellos que por sus actuaciones son los principales causantes o los entorpecedores de que no se alcance el bien deseado para los humildes, destacando, yo creo que sin darse cuenta, un puntito brillante de amor, dentro del amor para todos, el que dedica para los hombres del mar, para los marineros y los pescadores.

Franco, por el lugar donde nació, por la sangre que corre

por sus venas y por su íntima vocación, es marino. Es un gran Almirante, igual o tal vez mejor, como es un gran Capitán, porque Franco es matemático con clarísima visión de las dimensiones, de la distancia y del movimiento con relación al tiempo. Es rápido en formar un juicio como consecuencia de la apreciación de los datos que se le presentan, y es rápido y preciso en la solución y en la decisión a ejecutar; lo que unido a su espíritu de constante observación y de estudio, hace prever, con certeza que es un gran Almirante. Conoce la técnica naval con todo detalle y conoce y maneja con soltura la estrategia y la táctica naval.

Como íbamos diciendo, su amor preferido para los humildes abarca con igual intensidad a sus soldados, y entre éstos tiene una ternura singular, la que ofrenda a los ciegos de la guerra, diciendo: *Para los ciegos de la guerra, tengo un gran cariño.*

En su despacho, como hombre de Estado y de Gobierno, el que esto escribe, por su modesta condición oficial, no ha presenciado el despacho con sus Ministros ni encargados de los altos servicios, y cuando por excepción ha presenciado alguno como el de ejercer la Justicia, que es la más augusta misión de un Jefe de Estado, esto va dicho en el artículo que título: «FRANCO, El Justiciero», pero seguramente y en lógica consecuencia de cómo despacha los asuntos militares, puede colegirse que los asuntos de Gobierno los tratará en igual forma: Atención, reflexión, cuando hay tiempo para ello, con larga y prolija meditación, y después, decisión rotunda y si precisa, enérgica.

De su vida íntima también os hablo en este libro, ya que principalmente de Franco se trata, y la vida íntima de los grandes hombres pertenece por derecho propio el conocerla a todos los demás que no lo somos. Mas, en este caso, y para

bien de España y de Franco, su vida íntima es tan pura y cristalina, tan recta, tan sencilla, tan caballerosa y tan cristiana, que con profunda convicción y haciendo gala del honor que tengo que conocerlo, os aseguro que, como todos saben, es un modelo de conducta y de virtudes.

Franco ganará la victoria, en la Guerra y en la Paz. Liberará a España de todos sus enemigos peligrosos, la llevará a su grandeza de Una, Grande y Libre y, nos servirá a todos de ejemplo para nuestras conductas como soldados, como ciudadanos, como cristianos y como caballeros.

Franco ha entrado por derecho propio a ocupar con España un primer puesto en la vida del Mundo, en el gran concierto de las grandes Naciones.

Mi saludo ha terminado.